

## La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

### SOLUCION

J = Rey; K = Dama; L = Torre; M = Caballo; N = Alfil.

		J			
			3		
	K		3	L	
			M		
N					
					1

## Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

### SOLUCION

					B	R
					4	0
8	9	1	6		1	1
2	9	5	6		0	2
1	7	6	3		1	0
3	4	5	7		1	0

# Verano/12

## EN CUATRO LINEAS

Por Camilo Sánchez

### Desfalco

El intendente del pueblo, alertado por el quinto en su lista de confianza, supo que el segundo se había quedado con un vuelto. En su amplio sillón paladeó el carco: una masacre perfecta con todas las pruebas a la vista. Se quedó solo un rato después y dio algunas vueltas pero al fin tomó la decisión: le pidió parte del dinero al segundo y echó al quinto.

### Final

Por fin, ha diseñado el rompecabezas de cómo se enfrentan los dos sospechosos: la novela en su cabeza acaba de resolverse. Cruza ahora la

avenida porque la novedad busca una oreja amiga donde vaciarse. En el apuro no ve, por detrás del colectivo, ese auto a toda marcha.

### Onassis

Más bien obsecuente fue el inicio de aquella entrevista. "Cuenta el secreto de todo esto..." le dijeron. El ricachón miró a la mujer delgada al lado de la piscina, los destellos incandescentes de la isla y, al final del largo reguero de césped, una palmera. "¿Lavio?", preguntó y el periodista dijo sí con la cabeza.

— Bueno, yo lo vi primero.

### Borrachera

Llegó con los resabios de la resaca, sobre todo, debajo de los ojos. Recordaba el clima más que nada el tono, ese envión de otro mundo que lo empujó en la madrugada: claro tenía el sentimiento de haber escrito el poema de su vida. Sacó un papel, angustiado, y mostró el manuscrito ilegible. "Te juro, lo mejor que escribí y ahora no entiendo nada", dijo, mientras puteaba, lento y fatal.

### Muerte

Como un gato enjaulado se mueve, sin saber qué puede hacer para calmarse. Lo del padre es ahora una certeza que acaban de anunciarle y hay un fuego punzante que, desde la garganta, lo acecha. Así sube hasta el estudio, se aferra al bandoneón y toca. Escribe un re sostenido a mano, en un pentagrama. Afuera es otoño de 1959, en Nueva York.

— Algo tiene que salir de todo esto — se dice a sí mismo Astor Piazzolla y comienza a componer "Adiós Nonino".



Vlady Kociancich ha publicado tres novelas: "La octava maravilla", "Últimos días de William Shakespeare" y "Abisinia". 'La extranjera' forma parte del volumen de cuentos "Todos los caminos", que editará próximamente Alfaguara de Buenos Aires. El libro recibió el año pasado el premio Gonzalo Torrente Ballester en La Coruña, España.

Por Vlady Kociancich



**T**al vez porque el nombre era demasiado largo para meterlo entre frase y frase sin sentir que los obligaba a una suerte de zalema verbal, o porque tenía el inocente timbre peyorativo de algunos nombres de mujer, víctimas de novelas de cuarta y atroces películas de Hollywood, habían intentado darle otro cuando hablaban de ella. Pero ninguno de los dos (al menos durante la semana que los arrastró como a nadadores expertos una corriente traicionera) advirtió el esfuerzo de llamarla adecuadamente hasta que Isabel, en el café donde solían reunirse casi todas las noches por necesidad, costumbre o tedio, ahogándose en un nuevo acceso de tos, sacó del bolso una torpe reproducción de la Sirenita de Sitges y la puso sobre la mesa.

—Recuerdo de la Extranjera —dijo, cuando la tos lo permitió.

Tocar el nombre que la calificaba fue un alivio tan absurdo como el regalo de una mala cerámica hecha para turistas, a Isabel, que llevaba diez años de exilio en Barcelona y había perdido la cuenta y el placer de sus viajes a Sitges, mar, pueblo y sirena al alcance de la mano, una hora de tren cuando mucho. Cazadores ciegos, Isabel y Mauricio habían golpeado la maleza, cada uno a su modo, sin comunicarse la persecución ni el fracaso, hasta que el nombre salió y lo dejaron correr, libre e inofensivo, entre las mesas de un café de las Ramblas.

La única celebración que la victoria merecía era una sonrisa y ambos sonrieron. La Extranjera. Con mayúscula, entre comillas, en cursiva, en negrita, pensó Isabel, un nombre. Qué cansados estamos, ni gracia tiene.

—Tenés que cuidarte esa tos —dijo Mauricio, mientras abría la puerta del taxi para que ella subiera.

Isabel volvió la cabeza. Ahí estaba Mauricio en la vereda, mirando el taxi que se alejaba, las manos en los bolsillos, la bufanda alrededor del cuello, encogido en el viento de marzo. Como en viejas fotografías halladas por azar en el hueco de un mueble o entre los libros del estante más alto de la biblioteca, vio a Mauricio retratado en una mustia intimidad de puertas que le abría, sillitas que le apartaba, cuentas de café que no le dejaba pagar, cuadras de más para acompañarla a su casa. Diez años.

No debía pero encendió un cigarrillo y empezó a fumarlo con rabia para que el tabaco y el inevitable golpe de los borrraran esos gestos fósiles que algo había desenterrado. Lo consiguió. Mauricio se reconstruía velozmente del otro lado de la ventanilla, bajo los focos blancos de hoy, marzo una vez más en Barcelona, Mauricio alegre, enérgico, próspero en la mediana ambición de un empleo en *La Vanguardia*, una esposa catalana que lo adoraba con una pizca de azoramiento inexpressado por las callejas laterales donde no andaba ella sino Isabel (la amiga eterna, la escritora y colega), o Enrique (otro argentino) o el familiar de viaje y ¿por qué no? también las cartas, las voces en el teléfono a través del océano, desde y hacia la orilla

de un río día a día más ancho, más turbio, más remoto.

Pagó al chofer, bajó, buscó las llaves en el bolso, tosiendo. Juan estaría ya en casa, pero él no le diría que se cuidara esa tos, demasiado joven, por lo tanto inmortal, y bien sabían desde el primer momento en que compartieron cama y techo que era Isabel la fuerte.

No encontraba las llaves y la impaciencia abrió camino a una memoria indigna. *Vivo con un chico que tiene veinte años menos* que yo, le había dicho, enojada vaya a saber por qué, si el diálogo sobre buenas y malas traducciones no conducía razonablemente a una declaración como esa. Por la cara de la Extranjera había volado una sombra, un pájaro de aturdimiento que le recordó a la mujer de Mauricio, un pájaro tan chico, frágil y estúpido que la avergonzó, le hizo preguntarse por qué apuntar al pájaro y por qué (tenía las llaves en la mano e iba a abrir la puerta) le había contado luego la historia del balcón.

No se quitó el tapado. Tiró el bolso en una silla y encendió una lámpara más. De pie, algo trémula por unas líneas de fiebre, en el centro de aquella habitación que oprimía la carne de vida cotidiana como el corsé las opulencias de una vieja señora, lo llamó.

—¿Juan?

De gusto. No estaba ni debía estar antes de las once y eran las nueve. Con un suspiro de cansancio se sentó, vestida como para dar otra vuelta en la noche, frente al tablero de ajedrez. Blancas, negras, ¿cuáles habían sido sus piezas en la última partida? Se agachó para recoger un alfíl del suelo. Desorden en el único orden que ella imponía a la casa.

—No es realmente mi casa —le había dicho—. Fíjate que alquilo el piso con los muebles.

La necesidad de disculparse por no invitarla a tomar un café y mostrarle los juegos que si eran suyos (tableros y figuras, letras y números, itinerarios amigos de la razón) la sorprendió ahora, aunque la mirada que entonces cruzaron con Mauricio ya concedía. Recordó la humildad de esa excusa como un inoportuno giro idiomático, una zancadilla de la lengua que uno cree hablar fluidamente, agresiva por el desuso. *La Extranjera*, sonrió Isabel a solas, bostezando. Qué vida, che.

Sin levantarse de la silla, en la protección de la lámpara y del tablero de ajedrez, giró un poco el cuerpo hacia el balcón y lo miró como lo habrían mirado los ojos de la otra mientras ella narraba. Un grabado mágico y sombrío al modo de Doré, que Isabel eligió, entre tantos énfasis posibles, para ilustrar el cuento.

Una mañana (pocos días antes de la llegada de la Extranjera a Barcelona), había salido a tender ropa en el balcón.

—La puerta del balcón abre y cierra de adentro. Por los ladrones, imagínate vos —aclaró y la otra asintió cortésmente, antes de oír que el piso estaba en la sexta planta.

—En el sexto piso —se corrigió Isabel y de rabia nomás por esa agachada lingüística, prendió un cigarrillo con el filtro del que estaba fumando—. Miró los años que salgo sin dejarme la llave, pero ese día no. Mi amigo estaba adentro. Bañándose, vistiéndose, no sé. Igual fue una imprudencia. Salgo medio dormida, cargo el balde y la bolsita con los broches, cierro la puerta con el pie, el frío era terrible y no quería que se me metiera en la casa. Me apuro a colgar esa ropa mojada que me lastima las manos y en eso, porque sí, me doy vuelta y lo veo a mi amigo que me saluda. Se iba a trabajar. Lo veo yendo del otro lado del vidrio y ¿no voy yo y lo saludo?

Menos de un segundo, un ruido seco (el clac de la puerta de calle), la mano de Isabel en el aire, el chau gutural arrastrado por un viento de hielo, y ya tenía encima toda la rabia, toda la impotencia, toda la desdicha de

su ridículo martirologio en el balcón.

La primera reacción, instintiva y grotesca, había sido la común al sueño: el horror de la desnudez. No estaba desnuda, pero se vio exhibida a los ojos del mundo en el escaparate de un sexto piso, con un pijamá gris y una enorme tricota deformada, también gris y destejándose en el cuello, momia de un pulóver juvenil de Buenos Aires que ahora sólo abrigaba el paso de la cama al día en diez inviernos extranjeros.

—Justo yo y en esa situación, preocuparme por el aspecto que tenía —Isabel mostró la dramática anchura de su sonrisa y la otra también sonrió, imperturbable ante el desdén por esos tics de coquetería femenina que la Extranjera, caramba, publicaba en edición de lujo.

Pero los ojos del mundo —descubriría muy pronto Isabel— estaban bien cerrados. Nadie abrió una ventana ni se asomó en la primera hora u hora y media (un cálculo que hizo después, sin valor alguno, porque dentro del balcón había un tiempo y fuera del balcón había otro), nadie contestó a su llamado.

—De todos modos... —la tos la interrumpió, Mauricio le quitó el cigarrillo con enojo... hay palabras imposibles. *Socorro*, por ejemplo. ¿Quién se anima a gritar *socorro*? Decime la verdad, vos alguna vez...

Y entonces, como lo harían secretamente en todos esos días de pasearla, de hablar y de escucharla, Mauricio e Isabel se miraron buscándose. Claro que no. Si ellos no habían gritado, a qué esperar el grito de esa garganta tersa y saludable. Luz mala, el fantasma del llano. Sólo duró un instante, la digestión los unía otra vez alrededor del fuego, cazadores de un mismo zafarí. *Socorro* es imposible, acordaron, una palabra con rubores de niña. ¿Y *auxilio*? La equis frena el grito como un pasador que cae entre los dientes. ¿Ayuda? Le falta una preposición, es un gato sin cola.

—¡A mí los de la casa! —gritó Mauricio con exagerado acento español y unas mujeres de la mesa vecina giraron la cabeza, ceñudas, mientras los tres reían.

—Me parece —dijo la Extranjera con esa voz suave de señora, entre pedante y modesta— que la palabra para el grito tendría que ser onomatopéyica. Como *help*. Los ingleses están salvados. Una sílaba, un aullido. En castellano nadie pide *socorro*. Por orgullo, un pájaro en la lengua. O una cadena de vocales y de consonantes. Como si a uno le sobrara el aire para ir largándolas sentenciosamente. Cuando completaste tu línea sos cadáver.

—A otros latinos no les va mejor —Isabel entornó los ojos, se llevó una mano a la garganta y con erres gangosas canturreó: —*Au secours! Au secours!*

Se rieron tentados, como chicos. Un minuto después, atizada por el oxígeno de frases, citas, nombres, obras donde escarbaron en busca de la palabra que fuera un grito sin sonrojo, la conversación crepitaba en el café de Barcelona. Y ahí (recordaba ahora Isabel, dolida y con alivio), en el fuego que cada uno alimentó con la madera de su propia experiencia, con la respuesta individual a una misma y eterna pregunta de escritores, la luz de muerto que acompañaba el paso de la Extranjera por otro territorio se extinguía y era una hermana más de la loca, dispersa familia de la literatura, hermana recién llegada al mundo de Isabel y Mauricio pero unida desde siempre a los dos por el indestructible lazo de sangre. Y había escrito un libro que ellos admiraban.

En la ternura de la amistad no hay prejuicio y tiernamente, aunque perplejos e irritados, la observaron. Inteligente y culta. Y por Dios, edénicamente, insoportablemente provinciana. Las Provincias Unidas del Sud, porque de los últimos diez años de horror en la Argentina ni una marca en el mapa. *Extraterritorial*, decidieron, generosamente, agobiados. Pero había

LA

EXTRANJERA





